

La Iglesia fué grande y respetada antes que los Anglo-Sajones pisaran el suelo británico, antes aun que los Francos pasaran el Rhin; fué grande y estimada cuando todavía florecia en Antioquía la elocuencia de los Griegos, y eran adorados los ídolos en los templos de la Meca. Y podría suceder que todavía subsistiese firme el día en que algun viajero de la Nueva-Zelandia, apoyado en un arco derruido del puente de Lóndres, señalara con el dedo, en medio de vasta soledad, las ruinas de la Iglesia de San Pablo» (1).

76. Lo *trágico*, de que ordinariamente suele tratarse en este lugar de la Estética, no es sino una especie del sublime. El deleite espiritual que hallamos en la tragedia, descansa, á lo ménos principalmente, en las razones todas que ya hemos tocado.

«Solo en medio de la noche oscura brilla el fulgor de los astros, y solo en la oscura nube despliega el iris sus hermosos colores.»

En la desgracia, en las tribulaciones es donde se prueba principalmente la grandeza moral, la fuerza del corazon justo: pruébese por medio de la paciencia generosa, del sufrimiento y resignacion heróicos; pero todavía más cuando en la libre aceptacion de los trabajos muestra el

(1) Macaulay (Critical and. historical essays, Leipsik, 1850, vol. 4. pág. 98.)

hombre que solo teme al pecado (2); que á sus ojos solo tiene valor la fidelidad á los preceptos divinos. En el destino que se sigue al crimen, en la suerte fatal que pesa sobre el malvado, vemos la mano vengadora de la justicia divina, á que ninguna cosa puede sustraerse. De este modo ofrécese en lo «trágico» ora al sublime del orden moral, ora la grandeza del ser y de los atributos que admiramos en Dios.

### XIII.

El sublime, continuacion. Error inaudito de la Estética moderna.

77. No creemos haber agotado la materia del sublime en las pocas observaciones que preceden, aunque sí haber indicado las que hacen á nuestro propósito. Solo nos queda ahora que fijar la vista en una especie de dogma inventado en estos tiempos por la filosofía de la belleza y del arte.

«El arrepentimiento,» dice Federico Schiller (1), «el remordimiento, aun en su grado más alto, que es la desespe-

(2) «La violacion de la ley moral» se dice hoy en ciertos doctos círculos en lugar de «pecado.» Pero la palabra *sünde* (pecado en castellano) es muy alemana y expresa exactamente aquel mismo concepto. La «ley moral» que la nueva filosofía ha ideado considerándola como producto de la sola razon humana, es simplemente una quimera.

(1) De la razon del deleite en los asuntos trágicos. Vol. 11, página 522 (Stuttgart 1836.)

racion, son moralmente sublimes, porque jamás pueden ser sentidos, sin que allá en el fondo del culpable no esté desierto un sentimiento sobre manera laudable de lo justo y de lo injusto, un sentimiento que protesta contra los mas vivos estímulos del egoismo... ¿Y qué cosa puede haber más sublime que la desesperacion, la cual todos los bienes de la vida y aun á la vida misma los reduce á polvo por no poder sufrir ni hacerse sorda á la voz del juez íntimo que la condena? Si el varon virtuoso sacrifica en caso necesario su existencia para obrar conforme á la ley moral—ó si el culpable, oprimido por el remordimiento, la destruye por su propia mano para castigar en sí mismo la violacion de esta misma ley, en ambos casos el corazon es igualmente movido á una alta estima de la ley moral; si entre ellos hubiese alguna diferencia, seria sin duda á favor del último; porque la satisfaccion de obrar bien puede en algun modo hacer más fácil al hombre virtuoso su resolucion, y es sabido que el mérito moral de una accion está en razon inversa de la propension ó del deleite que inclinan el ánimo á ejecutarla. El arrepentimiento y la desesperacion que se siguen al crimen, nos muestran el poder de la ley, más tarde ciertamente, pero no con ménos fuerza. Cuadros hay de la más alta sublimidad, aunque bosquejados en una situacion violenta. Un hombre que se desespera por haber traspasado un deber moral, vuelve por este mismo caso á la sumision debida al deber violado; y cuanto más terriblemente se manifieste su remordimiento, tanto es mayor la fuerza con que le vemos respetar la ley moral que traspasó.»

En Vischer (1) leemos tambien:

(1) De lo sublime y de lo cómico (Stuttgar 1837) pág. 75. Véase la Estética del mismo autor I. pár. 107: «El sublime de la mala voluntad.»

«Esta fuerza de la naturaleza humana, por cuya virtud la voluntad junta consigo misma la violencia de los afectos, como testimonios que son de su querer, es cabalmente el principio de donde procede la sublimidad del mal. Porque de esta suerte se prueba en lo malo la misma libertad del sugeto que asimismo admiramos en el bien; y el efecto estético, si bien podria sufrir la modificacion consiguiente á la diversidad del fin, pero de ningun modo resultará más débil. Este efecto crece con el grado y las consecuencias del mal; y así, una absoluta rebelion contra Dios, como en el caso de Prometeo, y del Fausto de la tradicion popular, es estéticamente más perceptible que la más bella energia del bien.»

Veinte años antes que Vischer esbribió Krug lo siguiente:

«En esta relacion» (intensivamente) «el sentido moral manifestándose en obras y palabras puede tambien llegar á ser sublime no solo en el bien sino tambien en el mal. Lo cual acaece en su apreciacion estética no en orden al mérito ó demérito interno (moral), sino por la grandeza de la fuerza de la voluntad que entonces se hace manifiesta (1). La conciencia de una fuerza avasalladora de esta especie eleva siempre al ánimo, y de aquí que la idea del poder

(1) Aquí pone Krug la siguiente nota: «Si en la Medea de Corneille (Act. I, esc. 1), aquel mónstruo femenino responde á su confidente que le pregunta:

Votre pays vous hait, votre epoux est sans foi.  
Dans un si grand revers, que vous reste-t-il?

Diciendo: ¡Yo! «todo el mundo siente» (?) «la sublimidad de este sentimiento á pesar del crimen horrendo que ella ejecuta animada por él y en parte por medio de él. Este es asimismo el sentimiento que Milton dá á Satan en su Paraiso perdido (Cant. 1. 81-121 y 237-266), indisputablemente sublime, por más que á la vez dé testimonio á la más profunda malicia.»

que el hombre tiene en su libre albedrío de resistir aun á la misma divinidad, tiene algo de sublime y agradable por cuanto se descubre en esto la grandeza moral del hombre, cuyo poder físico no es nada comparado con el de Dios; por más que la oposicion real contra Dios mismo, como inmoral que es, desagrada necesariamente.»

En la misma forma se explica Nussleins (1).

«En la lucha con el mundo exterior ó con el destino, el alma muestra una sublimidad moral... renunciando libremente á toda dignidad externa y aun á la vida terrena, cuando la vé manchada por alguna culpa aunque haya sido cometida sin advertencia. A esta altura se nos presenta Edipo en Sófoles... Lo inmoral no excluye á lo sublime. Todo heroísmo lleva en sí impreso el sello de lo sublime, aunque no siempre el de lo justo. Por esto son «objetos de nuestra admiracion» como «caractéres sublimes» Medea, Catilina, y «otros cien monstruos de la historia,» y finalmente el Satan de Milton.»

Por último Ficker (2) conviene literalmente con sus dos predecesores:

«En la lucha con el mundo exterior muestra el alma el sublime moral... renunciando libremente á toda dignidad exterior y aun á la vida terrestre en el punto que la considera manchada de alguna culpa, aunque la haya cometido sin advertencia. En esta altura se nos ofrece el Edipo de Sófoles. En la apreciación estética de un sentimiento grande, sublime, no entra el juicio sobre su intrínseco (moral) mérito ó demérito, sino sobre la grandeza de la

(1) De la ciencia del arte. pár. 86, 87, págs. 78, 80, 81.

(2) Estética (2 ed. Viena 1840) párrafo 30, pág. 43.

fuerza de la voluntad manifestada en él. Todo heroísmo lleva en sí impreso el sello de lo sublime, aunque no siempre el de lo justo. Sirvan de ejemplo la Medea de Corneille, el Mahoma de Voltaire, el Satan de Milton, el Mefistófeles de Goete» (1).

No podemos disimularlo, aunque no sean bien recibidas por algunos nuestras palabras: esta teoría de los modernos estéticos acerca «del sublime de la mala voluntad,» para usar de la expresión de Vischer, se nos representa como un fragmento desprendido del delirio de algun frenético; y al copiar ciertas proposiciones que figuran como fundamentales, hemos sentido casi lo mismo que se siente cuando leyendo los diálogos de Platon oye uno á los sofistas proferir sus paralogismos. Toda persona que sabe componer el lenguaje con las ideas, entiende sin embargo bajo el nombre de sublime, principalmente en el orden moral, algo verdaderamente digno de ser amado y ensalzado, algo que vale

(1) Al copiar estos pasajes, además de nuestro principal intento hemos tenido otro secundario, cual es, mostrar á nuestros lectores uno entre los muchísimos ejemplos que hemos encontrado hojeando obras de Estética, de cómo «se hacen los libros.» Por lo demás la exacta conformidad que hemos advertido no ya solo entre los pensamientos sino hasta en la letra, es una prueba especial de cuán corriente ha llegado á ser la proposición á que nos referimos.

A los autores citados pueden añadirse Sulzer (Teoría general de las bellas artes, art. «Sublime»), Batteux (Introducción á las bellas artes, traducción de Kamler, 4, ed. vol. 2. pág. 272), y Pascuali (Istituzioni di Estetica, Padova. 1827, vol. 1. pág. 87, 88,) como representantes de la misma opinion.

la pena del sacrificio, algo en fin elevado, bueno, grande; y ninguna cosa de estas es lo inmoral. Los «mónstruos sublimes» de Nussleins implican contradiccion á los ojos de todo entendimiento sano. Demás de esto hemos visto que todo objeto sublime es tambien bello (72): y lo que es malo moralmente, tambien hemos probado (66) que no puede ser bello. El sublime, deciamos por conclusion, despierta naturalmente en nosotros sentimientos de admiracion, de respeto, de amor y de un gozo lleno de gravedad. Ahora, ¿habrá algun hombre *racional* para quien sea objeto la inmoralidad de tales afectos? (1).

78. Aunque por estas razones la doctrina á que nos referimos, no necesita ser refutada despacio; más bajo cierto respecto parécenos conveniente ilustrar con breves palabras alguna de las proposiciones de nuestros adversarios. Fijémosnos primero en Schiller, y después en Krug y Vischer.

Toda filosofía que pretenda llevar este nombre, enseña y demuestra que el suicidio, cualquiera que sea el móvil que induzca al hombre

(1) Medio año despues de haber escrito esto, leemos de nuevo en una Estética que en estos momentos acaba de dar la última mano al sistema que combatimos, las siguientes líneas: «Bajo el punto de vista moral así lo bueno como lo malo está patente al sublime. Sí; el mal puede arrancarnos por un modo singular admiracion y sorpresa.» Y dos páginas despues, dice: «Lo sublime produce *estima, veneracion.*» (Lemcke, Estética popular, pág. 94, 96). Singulares almas las que puedan estimar lo despreciable! Por lo demás lo que puede ser estimado, *puede tambien ser amado.*

á acometerlo (1), es un crimen, un atentado contra la ley moral, un sarcasmo lanzado contra ella, y por consiguiente una accion baja, despreciable, vulgar, indigna del hombre racional. La desesperacion y el suicidio no son pues, como dice Schiller, «rasgos de la más sublime moralidad,» sino de la mas profunda degradacion; no «nos muestran» ciertamente «el poder de la ley moral,» sino la prueba visible de que esta ley ha perdido toda su influencia, de que la idea moral ya no tiene valor, de que el error y la passion dominan al hombre, de que, extinguida por completo la conciencia, todo sentimiento de deber ha sido arrancado de raiz. Es falso que el desesperado suicida «cabalmente por ser tal vuelva á la obediencia de dicha ley», sino antes por el contrario pone el sello último á su temeraria rebelion contra sus preceptos. Así, cuando «el malvado se quita la vida con su propia mano,» es imposible que con este acto «nos fuerze á estimar la ley moral», porque lo contrario es la verdad, es decir, que hace cuanto es de su parte para borrarla enteramente; lo que hace es dar á la humana sociedad un escándalo punible, tanto que no solo la Religion, pero la misma razon natural pide, ó al ménos aprueba como una reparacion de él, el castigo que la Iglesia impone al suicida rehusándole el honor de la sepul-

(1) Salvo el único caso en que el Señor de la vida, el Criador mismo, pusiese al hombre el precepto de darse á sí propio la muerte.

tura en lugar sagrado y desterrando sus restos del que encierra las cenizas de los demás.

Tocante á las suposiciones del mencionado poeta, segun las cuales «la desesperacion es el grado más sublime del arrepentimiento,» y la prueba de «que allá en el fondo del culpable vive un sentimiento sobre manera laudable de lo justo y de lo injusto, que aspira á prevalecer contra los más vivos estímulos del egoismo;» segun las cuales es el suicidio «la justicia que hace en sí mismo el culpable, atormentado de la conciencia por haber violado la ley moral», y por consiguiente la consecuencia racional de un dolor producido por esta violacion; tales suposiciones, decimos, son tan absurdas filosóficamente hablando, como falsas en el terreno de la Psicología y de la historia. La desesperacion es en puridad romper absolutamente con Dios y con la conciencia, con la virtud y la ley moral: solo puede nacer cuando el culpable ha extinguido de todo punto en su pecho el sentimiento de lo justo y de lo injusto, despues que este sentimiento ha obrado enérgicamente en su ánimo. Carece pues de sentido el decir que un verdadero dolor de haber violado la ley moral pueda mover al hombre á violarla de nuevo y con mayor malicia. Los móviles de la desesperacion y del suicidio, cuando este es imputable, no son sino cobardia, orgullo y egoismo: el malvado se quita y lanza fuera de sí su propia vida, por-

que es harto orgulloso para humillarse y arrepentirse, y harto cobarde para resignarse á sufrir la pena ó las demás consecuencias afflictivas de su delito.

No son pues otra cosa las ideas de Schiller sino una cadena de errores y paralogismos falsos é inmorales no ya solo ante los ojos de la fé, sino aun á los de la razon. Tales ideas irradian, ó lo que es lo mismo, pecan contra la verdad y las costumbres, son crímenes contra la sociedad humana, cuyo bien han de minar necesariamente como en efecto lo van constantemente minando. Respecto al paralelo irritante entre el suicida y el mártir (siendo éste como es en el sentido más lato de la palabra el varon virtuoso que se deja quitar la vida por no faltar al deber) no diremos ni una sola palabra, que esto seria inútil. *Vae qui dicitis bonum malum et malum bonum.* ¡Ay de vosotros los que tomáis las tinieblas por la luz, y la luz por las tinieblas, y teneis lo amargo por dulce y lo dulce por amargo (1)!

Pero todavía se aplica con más fuerza esta imprecacion del Espíritu-Santo á las doctrinas que Krug y Vischer no se han avergonzado de exponer. Verdaderamente es grande la criatura racional, es admirable, sublime por el libre albedrio de su voluntad; pero esto se entiende se-

(1) Is. 5. 20.

gun que posee en este don el poder de elevarse en virtud de su propia eleccion á la altura en que la necesidad de la naturaleza conserva á las criaturas irracionales, á la conformidad de sus movimientos con la voluntad de la sabiduria infinita, á la union de sus fuerzas todas con el poder y la bondad infinitamente grandes de su Criador. La criatura racional puede ciertamente emplear su libertad en renegar de Dios, en resistirle; pero esta es cabalmente su flaqueza, esta su limitacion. Como la criatura procede de la nada, como juntamente con esto es finita y su existencia de ayer, hé aquí que por esta razon y solo por ella abusando de su libertad física puede hacer lo que *moralmente* (y ménos en el orden sobrenatural) *no es posible á su libertad*, desligarse de Aquel «á quien el servir es reinar,» y hacerse el hombre siervo de la criatura mirando en sus acciones á fines verdaderamente mezquinos, que es cierto infame servidumbre. No, no es «fuerza grande de voluntad» la que se ejercita en el mal, sino antes es miseria, flaqueza de dicha potencia; no, «la libertad que admiramos en las acciones buenas,» no se prueba pecando (1), antes por el contrario, lo que el pe-

(1) Hé aquí otro pasaje de Schiller acerca de la materia: «Por el contrario, nosotros imputamos á cierta especie de mérito la victoria que el malvado pertinaz obtiene sobre el sentimiento moral; porque despertándose éste necesariamente en su corazon, se requiere cierta fuerza de alma y gran aptitud intelectual para no apartarse del mal

cado testifica es las aficiones más abyectas, la más ignominiosa impotencia. Y á la verdad, ¿habrá de ser más sublime, más digna de la percepcion estética la rebelion contra Dios, que la más bella energia del bien?» ¿Es posible que «el pensar que puede el hombre en razon de su libertad oponerse á Dios, tenga algo de sublime y agradable,» y que en este poder «se funde la grandeza del hombre»? ¡Triste grandeza ciertamente el poder divorciarse del infinito Bien, del único bien verdaderamente grande,—desdichado poder el estar dispuesto á caer el que lo usa, más bajo todavía que la nada, y el de labrarse uno á sí propio su sepulcro! «Desdichado aquel que disputa contra su Hacedor no siendo más que una vasija de tierra ó arcilla de Samos» (1). ¿Por ventura tales mentiras y blasfemias no son para conmover el mundo moral en sus fundamentos? Y ¿no es hacer traicion á la humanidad, no es jugar dolorosamente con sus más altos bienes, con sus más caros intereses el abusar así del santo nombre de la ciencia para falsificar la conciencia moral é injuriar al Señor del universo, fuente de toda verdad? (2).

camino sometiéndose á regla alguna moral.» (Del fundamento del placer en los objetos trágicos, pág. 528.) Estamos persuadidos á que el mismo Schiller no ha creído lo que en este pasaje sostiene.

(1) *Vae qui contradicit fictori suo, testa de Samis terrae Is. 45. 9.*

(2) «Los vicios mismos» escribe el sabio Taparelli (Le ragioni del bello, párrafo IV, pág. 60) «los vicios mismos, mirados bajo cierto aspecto, pueden tener alguna apariencia de sublimidad, capaz de

Una sola observacion para concluir. Las aserciones de que hemos hablado en los números anteriores ó son consecuencias lógicamente necesarias de los principios que sirven de fundamento á determinadas teorías, ó estan viciosamente deducidas de principios ciertos. En el primer caso no hay duda sino que es detestable la filosofia que á tales resultados conduce; en el segundo es á la verdad harto miserable la lógica empleada por los partidarios de aquellas doctrinas. De todos modos bien podemos registrar aquí un signo que induce á juzgar tristemente de la madurez de la filosofia y más tristemente todavía del sentimiento moral de nuestra época, si por desgracia fuese cierto que tales obras son

ilusionar á quienes poseen más imaginacion que juicio; sirvan de ejemplo la impiedad de Prometeo y Ajax, que refiere la fábula, aunque la condicion de los dioses mitológicos quitan en este caso mucha parte á la deformidad del crimen y á la vana locura de su empresa. Es imposible que el verdadero sublime llegue á mostrarse en el crimen... Por esta razon el Dante, como observa Piaciani, anduvo tan léjos de hacer sublime bajo el aspecto moral á Lucifer ni á los demás condenados.—Lo mismo puede asegurarse de Milton. Es levantarle á este poeta un falso testimonio el decir que Satan aparece moralmente sublime en el Paraiso perdido. El mismo se muestra físicamente colosal y, si se quiere, sublime; pero moralmente, habida consideracion á su malicia y rebelion contra Dios, despreciable absolutamente, excitando aversion y horror.

Segun Vischer, digámoslo tambien, la razon de no ser sublime Satan es «que su maldad se ofrece desnuda de toda ilusion.» ¿Pero quiere decir esto que inesperadamente lo reputa por vil y despreciable? Aquí se le ocurre un término medio. «El Satan que realiza la perversidad absoluta con la conciencia tambien absoluta de su perversidad es cómico, y cómico ciertamente no sólo para quien lo contemplara sino tambien á sus propios ojos, si realmente pudiera darse un Satan.» (De lo sublime y lo cómico, pág. 75). *Sapienti sat.*

acogidas favorablemente, y celebradas cual monumentos científicos, y reconocidas en su especie como autoridades á que es forzoso inclinar la cabeza.

#### XIV.

El carácter esencial de la belleza. Distinguese la belleza de otras propiedades reales semejantes á ella. Lo agradable considerado en general. Idea que dá Burke de la belleza. Por que á los objetos corpóreos les atribuimos la belleza solo con relacion á las perfecciones que percibimos con facultades superiores á los sentidos. La verdad, la novedad, lo maravilloso. El placer de la variedad. El ridiculo. La gracia. Resúmen.

79. Con lo dicho hasta aquí creemos poder dar por terminado nuestro tema relativo á la definicion de la idea y de la esencia de la belleza. Solo por via de complemento nos resta que hacer una cosa en esta primera parte. Hay, fuera de la belleza, otras muchas propiedades que impresionan nuestro espíritu por una manera semejante; y de aquí el peligro de confundirlas con la belleza misma, como de hecho sucede muchas veces en los escritos científicos y en el trato diario de la vida. Así que, cuando no hubiera otra razon, esta bastaria para movernos á determinar brevemente las más excelentes entre dichas propiedades á fin de discernir con toda exactitud la relacion que tienen con la belleza. Este exámen es además, habida consideracion á la segunda parte